

ro punto de vista, y dándole á escoger entre la paz general comprada con la restitución del Hannóver, salva recompensa equivalente, y la continuación de la guerra contra la Inglaterra; pero de una guerra sin tregua y conforme, sin embargo, al grado de energía con que el rey Federico Guillermo se resolviese á concurrir á ella. Afirmó además que en todo caso jamás habría tomado él una resolución sin antes haberse entendido franca y completamente con la Prusia.

Esa explicación tan leal hubiera debido disipar todos los recelos; pero la Prusia quería más, la Prusia pedía un acto de deferencia capaz de dejar bien puesto su orgullo, y acaso se le concediera Napoleón si en aquel momento no le atormentaran tantas desconfianzas, si no creyera tan de lleno en la existencia de una coalición que no existía, pero que en breve se iba á formar. En la irritación que los contratiempos ponen en los ánimos, no siempre queda suficiente luz para poder juzgar acertadamente de lo que el enemigo piensa. Así Napoleón escribió á Mr. de Laforest ordenándole una reserva completa desde que hubiese dicho á Mr. de Haugwitz que no se le darían á la Prusia otras satisfacciones de las anunciadas á Mr. de Knobelsdorf y á Mr. de Luchesini, y que por lo tocante á la demanda relativa á las tropas francesas, igual la ponía él para el gabinete de Berlín exigiendo la contraorden de los armamentos, tras lo cual se retiraría al Rhin el ejército francés. «En la actual situación, añadía el emperador, no hay que creer en protestas por muy sinceras que parezcan. Son ya muchas las veces que se nos ha engañado, y yo no quiero atenerme sino á hechos; que la Prusia desarme, y después los franceses vendrán de parte acá del Rhin, pero no antes.»

Mr. de Laforest ejecutó fielmente las órdenes de su soberano; ningún esfuerzo tuvo que hacer para convencer á Mr. de Haugwitz de cosas que de antemano tenía ya por concedidas; pero era esclavo de los acontecimientos ese ministro, y el plenipotenciario francés se conde-

nó desde entonces á un completo silencio. El gabinete prusiano no tenía bastante con conocer á fondo y en toda su verdad las intenciones de Napoleón; necesitaba una explicación terminante para acallar la opinión pública, y había menester de hechos también por su parte, pero de hechos claros, evidentes, es decir, la retirada de los franceses al Rhin. Y gracias como por satisfecha se diera la irritación pública á vista de un acto de tanta seguridad. Quería una satisfacción el orgullo prusiano, porque tanta y mayor necesidad siente de una satisfacción el ofensor como el ofendido.

El rey y Mr. de Haugwitz esperaron algunos días á ver si Napoleón haría alguna declaración más explícita y más satisfactoria. «Semejante silencio todo lo compromete,» decía á cada instante Mr. de Haugwitz á Mr. de Laforest. Pero el mal era ya inevitable. La Prusia había perdido la confianza de Napoleón por una conducta equívoca: la Francia la trataba sin ningún miramiento, y el hado tenía dispuesto que esas dos potencias se empeñaran en una guerra desastrosa, y tanto más sensible cuanto que en el estado de la Europa esos eran los dos únicos pueblos cuyos intereses podían conciliarse. Monsieur de Laforest guardó religiosamente la reserva que se le tenía impuesta; pero llevando en su semblante la muestra del más profundo dolor, un dolor harto significativo si la corte de Prusia hubiese querido comprenderle y conducirse en consecuencia. Cada día pasaban nuevos regimientos por las calles de Berlín cantando himnos patrióticos, que el pueblo repetía con entusiasmo. A voz en grito se preguntaba por todas partes cuándo partiría el rey para el ejército, y si era verdad que pensaba detenerse en Potsdam con el intento de desistir de su primer empeño. Ese grito fué tan general y terrible que forzoso fué ceder á la opinión, y el desventurado Federico Guillermo partió para Magdeburgo el 21 de septiembre. Esa fué la señal de la guerra que se esperaba en Alemania, como se esperaba en París, y desde este día ya se hizo inevitable.

LIBRO VIGÉSIMO QUINTO

JENA

Situación del imperio francés al comenzar la guerra de Prusia. — Negocios de Nápoles, Dalmacia y Holanda. — Medios de defensa preparados por Napoleón para el caso de una coalición general. — Plan de campaña. — Napoleón deja á París y se traslada á Wurtzburgo. — La corte de Prusia se traslada igualmente al ejército. — El rey, la reina, el príncipe Luis, el duque de Brunswick y el príncipe de Hohenlohe. — Primeras operaciones militares. — Batallas de Schleitz y de Saalfeld. — Muerte del príncipe Luis. — Aturdimiento en el estado mayor prusiano. — El duque de Brunswick toma el partido de replegarse hacia el Elba protegiéndose con el Saale. — Prontitud de Napoleón en ocupar los desfiladeros del Saale. — Memorables batallas de Jena y de Auerstaedt. — Derrota y desorganización del ejército prusiano. — Capitulación de Erfurt. — El cuerpo de reserva del príncipe de Wurtemberg es sorprendido y batido en Halle. — Retirada divergente y precipitada del duque de Weimar, del general Blücher, del príncipe de Hohenlohe y del mariscal Kalkreuth. — Marcha ofensiva de Napoleón. — Ocupación de Lipsia, Wittemberg y Dessau. — Paso del Elba. — Cerco de Magdeburgo. — Entrada triunfal de Napoleón en Berlín. — Sus disposiciones relativamente á los prusianos. — Gracia concedida al príncipe de Hatzfeld. — Ocupación de la línea del Óder. — Perseguimiento de los restos del ejército prusiano por la caballería de Murat y por la infantería de los mariscales Lannes, Soult y Bernadotte. — Capitulación de Prenzlau y de Lubeck. — Rendición de las plazas de Magdeburgo, Stettin y Custrin. — Apodérase Napoleón en un mes de toda la monarquía prusiana.

Grande imprudencia cometía la Prusia poniéndose á luchar con Napoleón en el momento en que, volviendo el ejército francés de Austerlitz, se hallaba aún en el centro de la Alemania con más aptitud para obrar que pudo jamás tener ejército alguno. Pero mayor era todavía su ligereza al precipitarse sola en una guerra, después de haberla esquivado el año precedente, cuando hubiera podido empeñarse en ella teniendo por aliados al Austria, á la Rusia, á la Inglaterra, á Nápoles y á la Suecia. Ahora, por el contrario, el Austria agotada con sus últimos esfuerzos, exasperada por la indiferencia que se le había mostrado, estaba resuelta á permanecer á su vez pasiva espectadora de los infortunios de los demás. La Rusia se hallaba otra vez desviada á su natural asiento por la retirada de sus tropas hacia el Vístula. La Inglaterra, irritada por la ocupación del Hannóver, había declarado también la guerra á la Prusia; la Suecia había seguido su ejemplo; Nápoles no titubeaba ya. Verdad es que todos los amigos de la Francia, enemigos suyos ahora, podían con seguridad descansar en un cambio próximo de Inglaterra y de los auxiliares que ésta mantenía; pero era menester entrar en explicaciones con el gabinete británico, y empezar desde luego restituyendo el Hannóver, á lo cual nunca habría que llegar, sin compensación al menos, por tibias que fuesen las relaciones con la Francia. La Rusia, aunque desengañada de sus primeros ensueños de gloria, estaba sin embargo dispuesta á entregarse de nuevo á la ventura de las armas con las tropas prusianas, que eran las únicas que le inspiraban confianza en Europa; pero no tenían que pasar muchos meses antes que sus ejércitos pudiesen entrar en línea, y por otra parte estaba muy lejos de quererlos empeñar tanto como en 1805. Por lo tanto la Prusia estaba expuesta por algún tiempo á habérselas sola con Napoleón: con él iba á encon-

trarse frente á frente en octubre de 1806 en medio de la Sajonia, así como el Austria le había encontrado un año antes en medio de la Baviera, con la sola diferencia, muy desventajosa para ella, de que esta vez ya no tenía Napoleón que vencer el obstáculo de las distancias, puesto que en vez de hallarse acampado en las riberas del Océano, ocupaba el centro mismo de la Alemania, pudiendo en dos ó tres marchas llegar á la frontera prusiana.

Sólo un extravío fatal de ideas podía explicar la conducta de la Prusia; pero es tal el espíritu de partido, son tales sus incurables ilusiones, que todos consideraban aquella guerra como capaz de producir algún acontecimiento imprevisto y de abrir un nuevo porvenir á la Europa vencida. Napoleón, se decía, ha triunfado de la debilidad de los austriacos y de la ignorancia de los rusos; pero ahora va á habérselas con los discípulos de Federico el Grande, únicos herederos de las verdaderas tradiciones militares; y ¡quién sabe si en vez de otro Austerlitz encontrará otro Rosbach! A fuerza de repetir este dicho, casi todos llegaron á prestarle fe, y los prusianos, en vez de temblar al pensar que iban á entrar en campaña con los franceses, habían llegado á adquirir la más singular confianza en sí mismos. Los hombres juiciosos, no obstante, sabían en qué pararían sus locas esperanzas, y en la corte de Viena se experimentaba cierta satisfacción mezclada de sorpresa al ver á los prusianos tan celebrados entrar á su vez á la prueba y contrarios á aquel capitán que según decían sólo debía su gloria á la degeneración del ejército austriaco. Experimentaron, pues, cierto júbilo momentáneo los enemigos de la Francia creyendo llegado el término á su grandeza. Por desgracia tenía que llegar su término, pero no tan pronto, y sólo después de muchos yerros, que hasta entonces no había cometido.

Napoleón por su parte no tenía el mayor cuidado acerca de la próxima guerra. No conocía á los prusianos, porque nunca se había medido con ellos en el campo de batalla; pero sabía que aquellos prusianos á quienes se atribuían toda clase de cualidades desde que se habían declarado adversarios suyos, habían conseguido contra los inexpertos franceses de 1792 menos victorias aún que los austríacos, y que puesto que no habían entonces logrado vencer á un ejército de voluntarios apresuradamente armados, menos podrían vencer á un ejército consumado en la guerra del cual era él general. Escribió por lo tanto á sus hermanos á Nápoles y á Holanda que no tuviesen el menor recelo, que la campaña que iba á abrirse sería aún más corta que la precedente, que la Prusia y sus aliados, cualesquiera que fueran, quedarían aniquilados, y que por último acabaría de una vez con la Europa reduciendo á sus enemigos, según las palabras textuales consignadas en sus cartas á los reyes de Holanda y de Nápoles, á la imposibilidad de resollar durante diez años.

Como caudillo igualmente intrépido y prudente, buscó su triunfo con el mismo esmero que si hubiera de habérselas con soldados y generales iguales ó superiores á los suyos. Aun cuando no creyese de los prusianos todo cuanto afectadamente de ellos se propalaba, siguió con respecto á ellos el verdadero precepto de la prudencia que aconseja estimar en lo justo al enemigo conocido, y al enemigo desconocido en más de lo que vale. A esta consideración se agregaba otra para estimular más su activa previsión; pues había resuelto llevar hasta el término la lucha con el continente, y desconfiando de sus recursos marítimos, quería vencer á la Inglaterra en sus aliados, persiguiéndolos hasta que el cansancio les obligase á dejar caer las armas. Sin tener una idea fija sobre la extensión y duración de esta nueva guerra, presumía que tendría que internarse mucho hacia el Norte y que quizás tendría que ir á buscar á la Rusia á su propio territorio. Admirado de los últimos actos de la Prusia, sin poder desentrañar desde París las diversas y complicadas causas que la movían, juzgaba que forzosamente había de declararse hacia el mes de septiembre de 1806 una gran coalición, sordamente tramada, por el estilo de la de septiembre de 1805; que la desusada osadía del rey Federico Guillermo era tal vez su primer síntoma; y esperaba que cayese sobre él la Europa entera, incluso el Austria, á pesar de sus protestas pacíficas. Engañábale, sin embargo, la desconfianza que naturalmente debió inspirarle la agresión del año precedente. Tenía en verdad que resultar una nueva coalición de la resolución que acababa de tomar la Prusia, pero sería efecto de ésta, y no su causa; además la Europa entera estaba tan sorprendida como el mismo Napoleón de lo que en Berlín acontecía, porque se cree generalmente que los gabinetes obran siempre por cálculo y nunca por pasión. Pasiones tienen sin embargo, y esos mismos actos de cólera subitáneos que en la vida privada se apoderan á veces de dos hombres y les hacen empuñar el hierro, suelen ser también, y aun con más frecuencia que un interés premeditado, la causa que precipita á dos naciones una contra otra. La verdadera causa de esos ímpetus repentinos é incomprensibles de la Prusia, que nadie alcanza á explicar, debe buscarse, más bien en una traición calculada, en el es-

tado de disgusto moral en que la tenían sus repetidos yerros y torpezas y el mal tratamiento que por su conducta le había dado Napoleón.

Confiado, pues, en una nueva coalición, y queriendo ahora llevar su exterminio hasta el fondo de las heladas regiones del Norte, acomodó Napoleón sus preparativos á las circunstancias que preveía. No sólo cuidó de los medios de ataque contra sus adversarios, medios que tenía ya preparados en el grande ejército reunido en el centro de la Alemania, sino también de los medios de defender los dilatados Estados que tendría que dejar á sus espaldas mientras se internase por el Elba, el Oder, y aun tal vez por el Vístula y en Niemen. A medida que su dominación se extendía, tenía que proporcionarse su solicitud á la creciente extensión de su imperio. Tenía que pensar en la Italia, en el estrecho de Mesina, en el Isonzo, y en más todavía, puesto que era también suya la Dalmacia; tenía que cuidar de la Holanda, ya reino de su familia, de Estado aliado que antes era; tenía por último que suministrar á aquellas dilatadas regiones, no sólo ejércitos que las custodiases, sino también gobierno que las administrase, puesto que sus hermanos reinaban en ellas.

No debe callarse que al dotar á su familia con la corona de las Dos Sicilias había robustecido Napoleón tanto los elementos que le eran contrarios como su poderío; pues si bien se pesan los cuidados y el gasto enorme de sangre y de dinero que le acarrea el nuevo establecimiento de su hermano José en Nápoles, no faltará fundamento para opinar que más que el lanzar á los Borbones de la Italia meridional le hubiera tal vez aprovechado el dejarlos allí sumisos, medrosos y escarmentados de su última traición, con considerables contribuciones de guerra, con reducciones de territorio y con la dura obligación de excluir á los ingleses de los puertos de la Calabria y de la Sicilia. Verdad es que entonces no hubiera acabado de regenerar la Italia, de redimir á aquel noble y delicioso país del bárbaro sistema bajo el cual vivía oprimido, y de asociarle por completo al sistema social y político de la Francia; verdad es que esta nación hubiera tenido siempre en las cortes de Nápoles y Roma dos enemigos ocultos, prontos á entregarse á los ingleses y á los rusos; pero estas razones, que seguramente eran poderosas y que justificaban la empresa de Napoleón de conquistar la península italiana desde el Isonzo hasta Trento, venían á ser á la sazón decisivas, no para limitar sus empresas al Mediodía de la Europa, sino para circunscribirlas al Norte, por cuanto la Dalmacia reclamaba veinte mil hombres, la Lombardía cincuenta mil, y Nápoles otros tantos, es decir, ciento veinte mil la Italia sola; y si además de éstos habían de necesitarse aún doscientos ó trescientos mil para situarlos entre el Danubio y el Elba, era de temer que no pudiera soportarse mucho tiempo semejante gravamen y que la Francia sucumbiese en el Norte por haberse dilatado con exceso por el Mediodía, ó que flaquease en el Mediodía por haber osado mucho en el Norte. Repetiremos con ese motivo lo que ya en otro lugar dejamos indicado: de limitarse por algún punto, más valía hacerlo por el Norte, porque al tratar de extenderse la familia de Bonaparte por la Italia ó por la España, como lo había hecho la antigua casa de Borbón, se acomodaba más al verdadero espí-

ritu de la política francesa, que conspirando á prepararse establecimientos en Alemania.

José, aunque bien recibido por la clase rica é ilustrada de la población, á la cual había maltratado la reina Carolina, y aun aplaudido momentáneamente por el pueblo, que acoge con entusiasmo toda cosa nueva, especialmente en las dos Calabrias que acababa de recorrer, había podido sin embargo conocer en breve la inmensa dificultad de su cargo. Sus almacenes y arsenales estaban desiertos, las arcas públicas vacías, por cuanto el último gobierno no había dejado en ellas un solo ducado, y la necesidad de crear todo cuanto allí faltaba, unida al temor de gravar con impuestos á un pueblo cuya estimación quería granjearse, le traían sumido en los mayores apuros. Tal vez con exigir su dinero á un país al cual tenía que pedir además su adhesión, se exponía á que le negasen ambas cosas; sin embargo, era menester cubrir las necesidades del ejército francés, que Napoleón no estaba acostumbrado á mantener jamás cuando se acampaba fuera del territorio de Francia, y José libraba contra el Tesoro imperial letras que suplicaba á su hermano aceptase. Continuamente reclamaba subsidios y refuerzos de tropas, y Napoleón le contestaba que estaba en contienda con la Europa entera, ya secreta, ya públicamente conjurada, que no podía sostener además del ejército del imperio los ejércitos de los reinos aliados, que bastaba con prestar á sus hermanos sus soldados, sin que tuviese que poner además á su disposición su hacienda. No obstante, los sucesos ocurridos en el reino de Nápoles obligaron á Napoleón á no rehusar más lo que se le pedía.

La plaza fuerte de Gaeta, en el continente napolitano, era la única ciudad del reino que se había negado á abrir sus puertas al ejército francés. Esta fortaleza, construída en la extremidad de un promontorio, bañada por la mar por tres costados y dominando el territorio vecino por el único lado que la une con la tierra, defendida además con obras de fortificación de triples hileras de fuego, era de muy difícil asedio. Estaba ocupada bajo sus murallas muy buena parte del ejército francés en abrir caminos, que muchas veces tenía que cortar en la roca viva, mientras otra parte custodiaba Nápoles, y el resto repartido por las Calabrias, con el fin de reprimir las sediciones que amagaban estallar, no ofrecía por todas partes más que fuerzas diseminadas. La conclusión del estío, tan funesto en Italia para los extranjeros, diezmo las tropas francesas, y no hubiera sido posible reunir seis mil hombres en un mismo punto.

Napoleón, cuya correspondencia con sus hermanos ya reyes merecía ser estudiada como una serie de lecciones profundas sobre el arte de reinar, reprendía algunas veces á José con una severidad hija tan sólo de su juicio y no de su corazón. Echábale en cara el ser débil, inactivo y el entregarse con facilidad á todas las ilusiones de un carácter benévolo y vano. Censurábale de que no se atrevía á establecer impuestos, aunque quería formar un ejército napolitano y una guardia real, y empleaba para su seguridad personal una parte considerable de las tropas que había puesto á su disposición; de que dirigía mal el asedio de Gaeta, y por último, de que no hacía el menor preparativo para la expedición de Sicilia.

«Lo que debéis á vuestros pueblos, le escribía Napo-

TOMO VII

león, es el buen orden en la hacienda; pero no podéis evitarles los dispendios de la guerra, porque sin contribuciones no se puede mantener la fuerza pública. Nápoles debe suministrar cien millones de francos, lo mismo que el virreinato de Italia, y de estos cien millones, treinta son suficientes para pagar á cuarenta mil hombres. (Carta del 6 de mayo de 1806.) No esperéis, y menos en Nápoles, ser querido mostrando un carácter débil. Os dicen que la reina Carolina es odiada, y que ya vuestra afabilidad os granjea el afecto popular; ¡mentira de los que os adulan! Si mañana perdiera yo una batalla en el Isonzo, entonces veríais qué debíais juzgar de vuestra popularidad y de la supuesta odiosidad á la reina Carolina. Los hombres son bajos y abyectos, y sólo se someten al fuerte; suponed un revés cualquiera (que puede muy bien sucederme) y veréis á ese pueblo levantarse en masa gritando: ¡Mueran los franceses!, ¡muera José!, ¡viva Carolina! Entonces del trono pasaréis á mi tienda de campaña. (Carta de 9 de agosto de 1806.) Un rey desterrado y vagabundo parece siempre un tonto. Debéis reinar con justicia y severidad, suprimir los abusos del antiguo régimen, establecer en todo el orden, impedir las dilapidaciones de los franceses lo mismo que las de los napolitanos, crear recursos rentísticos y pagar bien á mi ejército, que es el que os sostiene. (Carta del 22 de abril de 1806.) Uná guardia real es verdadero lujo, propio tan sólo de un vasto imperio como el que yo gobierno, aunque siempre me parecería excesivamente costoso si no debiera sacrificar algo á la majestad de ese imperio y al interés de mis veteranos, los cuales en el bienestar que les proporciona la institución de una tropa escogida encuentran el premio de sus servicios. Por lo que hace á la formación de un ejército napolitano, guardaos de pensar en semejante cosa: ese ejército os abandonaría al primer peligro y os vendería por otro soberano. Formad, si queréis, tres ó cuatro regimientos y enviádmelos; yo les haré adquirir lo que sólo se adquiere en la guerra, disciplina, valentía, honor y fidelidad, y os los devolveré dignos de constituir el núcleo de un ejército napolitano. Pero en el ínterin valeos de soldados suizos, porque no me será posible dejaros mucho tiempo cincuenta mil franceses, aun cuando estuvierais en disposición de pagarlos. Los suizos son los únicos soldados extranjeros que conservan fidelidad y valentía. (Carta del 9 de agosto.) En las Calabrias debéis mantener columnas volantes compuestas de corsos; esos son excelentes para esa clase de guerra, y se batirán gustosos por nuestra familia. (Carta del 22 de abril de 1806.) No diseminéis vuestras fuerzas; tenéis cincuenta mil hombres, es decir, mucho más de lo necesario sabiendo utilizarlos. Con veinticinco mil solamente quisiera yo guardar todo vuestro reino y el día del combate habría de ser superior en fuerza al enemigo. El primer cuidado de un general debe ser distribuir sus fuerzas de la manera conveniente para estar dispuesto á todo; pero, añadía Napoleón, este es el verdadero secreto del arte que nadie posee, nadie, ni siquiera Massena, á pesar de su magnanimidad en los peligros.»

Quería Napoleón que José se limitara á custodiar á Nápoles con dos regimientos de caballería y unas cuantas baterías de artillería ligera; que en seguida se pudiese el ejército escalonado desde Nápoles hasta el in-

terior de las Calabrias, con un grueso destacamento situado frontero á la Sicilia, por donde podía asomar algún ejército inglés, y que permaneciese en esta disposición para poderse reunir en tres jornadas con un cuerpo considerable, ya en Nápoles, ya en las Calabrias, ó ya por fin en el punto por donde se presumiese que se podría verificar un desembarco. Quería principalmente que se apresurase á tomar á Gaeta, cuyo asedio absorbía parte de las fuerzas disponibles, y que después de terminado el sitio se ocupase en establecer una gran plaza fuerte que sirviese de apoyo á la nueva monarquía, situada en el centro mismo del reino, y en la cual pudiera un rey de Nápoles refugiarse con su tesoro, sus archivos, los napolitanos fieles á su causa, y resistir por seis meses á una fuerza sitiadora de sesenta mil anglosrusos. (Carta del 2 de septiembre de 1806.) No juzgaba Napoleón que la posesión de Nápoles fuese á propósito para semejante objeto; por otra parte, en su opinión, un rey extranjero no podía situarse sin cierto peligro en el centro de una población numerosa, necesariamente enemiga. Todo bien considerado, después de haber discutido sobre la conveniencia de diversos puntos, como Nápoles y Capua principalmente, se decidió por Castellamare por razón de su proximidad á Nápoles y de su posición marítima y central. Hecha la elección en el mapa, mandó estudiar las localidades para determinar sobre la naturaleza de los trabajos que habían de emprenderse. «Es preciso, había dicho también en sus cartas, destinar de cinco á seis millones anuales á este grande establecimiento y continuar del mismo modo por espacio de diez años; pero de manera que por cada gasto de seis millones se consiga un nuevo aumento de fuerza y que al segundo ó tercer año podáis ya encerraros en esa gran fortaleza, porque ninguno de los dos sabemos lo que acontecerá dentro de dos, tres ó cuatro años. ¡Los siglos no son propiedad nuestra! Y si despleáis energía, podéis en ese asilo manteneros mucho tiempo desafiando los rigores de la fortuna y esperando otra época más bonancible.» Quería por fin Napoleón que fuera José preparando poco á poco los medios de atravesar el estrecho de Mesina con diez mil hombres, fuerza que reputaba suficiente para conquistar la Sicilia y de fácil transporte además por medio de las falúas que tanto abundan en el mar de Italia. Había encargado por lo tanto que inmediatamente se empezaran á hacer obras de defensa en Scila ó en Mesina, con objeto de reunir en ellas con seguridad la pequeña fuerza naval que se necesitaba. Pero lo que más le urgía era estrechar el asedio de Gaeta, que ocupaba una mitad del ejército, y suplicaba á su hermano que hiciese otra distribución de fuerzas, repitiéndole sin cesar: «Puede verificarse en breve una invasión ó una insurrección, y de lo contrario no podréis ni rechazar la una ni reprimir la otra.»

Comprendía José la conveniencia de estos sabios consejos, quejándose á veces del lenguaje en que se le daban, y procuraba seguirlos en cuanto lo permitían sus talentos. Rodeado de unos cuantos franceses amigos particulares suyos, como Mr. Roederer, que se ocupaba con actividad en las reformas administrativas y de hacienda, y el general Mathieu Dumás, que se dedicaba con inteligencia á organizar la fuerza pública, hacía cuanto estaba de su parte para crear un gobierno y re-

generar el hermoso país confiado á su cuidado. El corso Salicetti, hombre agudo y animoso, dirigía su policía con todo el vigor que reclamaban las circunstancias. Pero mientras José se esforzaba en cumplir con su regio cargo, los ingleses, justificando las previsiones de Napoleón, se aprovechaban de la prolongación del asedio de Gaeta, que tenía dividido el ejército, y de las enfermedades que lo diezaban, para desembarcar en el golfo de Santa Eufemia, donde se presentaron en número de ocho mil hombres bajo las órdenes del general Stuart. El general Regnier, situado en Cosenza, apenas pudo reunir cuatro mil franceses corrió denodadamente al punto del desembarco; pero este oficial, desgraciado siempre aunque entendido y valeroso, que Napoleón había consentido enviar á Nápoles á pesar de la memoria de los yerros cometidos en Egipto, fué tan malhadado en esta ocasión como lo había sido en otro tiempo en los campos de Alejandría; porque cerrado con las tropas del general Stuart en un terreno pantanoso, donde le era imposible hacer obrar sus cuatro mil hombres con el concierto necesario para compensar su inferioridad numérica, fué rechazado por el enemigo y obligado á retirarse á lo interior de las Calabrias. Este revés, aunque no debía considerarse como una batalla perdida, produjo sus consecuencias, y dió ocasión á que en las Calabrias se insurreccionasen todos los pueblos por donde habían pasado los franceses. Tuvo que sostener el general Regnier combates encarnizados para reunir sus diseminados destacamentos, vió á sus heridos y enfermos cobardemente asesinados sin poder socorrerlos, y para abrirse camino se vió en la precisión de incendiar pueblos pasando á cuchillo á sus insurrectos habitantes. Fuera de esto, se condujo con presteza y energía, y supo sostenerse en medio de un espantoso incendio. En aquella ocasión el general Stuart observó una conducta digna de todo elogio; horrorizado de ver á los franceses cruel y bárbaramente asesinados, y conociendo que aquellos feroces montañeses serían insensibles á la voz de la humanidad, resolvió cautivarlos por la codicia del dinero, y pregonando la oferta de diez ducados por cada soldado y quince por cada oficial que le entregasen vivo, trató á los que consiguió salvar con esta noble astucia con todos los miramientos que entre sí se deben las naciones civilizadas cuando la necesidad las obliga á hacerse la guerra. Estos acontecimientos, que tanto confirmaban la sabiduría y alta prudencia de los consejos de Napoleón, sirvieron al gobierno napolitano de poderoso estímulo, y aceleró José el asedio de Gaeta para poder encaminar el ejército entero hacia las Calabrias. Hallábase con él Massena, cuyo solo nombre causaba espanto á la población napolitana; hábale confiado el encargo de tomar á Gaeta, pero difería el enviarle allí hasta tanto que, terminadas las obras de aproximación, fuese tiempo de desplegar el mayor vigor. Los generales de ingenieros Campudín y Vallongue estaban encargados de dirigir las operaciones del sitio. Siguiéron las prescripciones de Napoleón, el cual quería que se reservase la artillería de grueso calibre para cuando la fuerza sitiadora estuviese ya encima de la plaza; y precisados á abrir sus trincheras en un terreno cortado á cada paso por la peña viva, procedieron con lentitud y soportaron, sin tomar la ofensiva, los fuegos de una multitud de cañones y morteros. Los sitiadores

recibieron ciento veinte mil balas y veintiuna mil bombas antes de responder una sola vez á aquella lluvia de proyectiles; llegando por fin á la distancia oportuna para establecer las baterías de brecha, rompieron un fuego destructor, á cuyo impulso las fuertes murallas de Gaeta, fundadas en la roca, después de cierta resistencia, cayeron de repente desmoronadas, convidando á los nuestros con dos espaciosas brechas. Pedían los soldados con ahinco entrar al asalto, como premio á sus largas fatigas, y ya Massena formando dos columnas de ataque iba á otorgárselo, cuando los sitiados demandaron capitular. Fué entregada la plaza el 18 de julio con todo el material que en ella había: su guarnición se embarcó con rumbo á la Sicilia después de haber prometido no volver á servir contra el rey José. Costó este sitio mil hombres á los sitiadores y otros tantos á los sitiados. El general Vallongue, que era uno de los oficiales más distinguidos del cuerpo de ingenieros, perdió en él la vida, y el príncipe de Hesse-Philipstad, gobernador de la plaza, salió gravemente herido.

Púsose inmediatamente en marcha Massena con las tropas que la toma de Gaeta hacía disponibles, atravesó por Nápoles el día 1.º de agosto, y corrió á reforzar al general Regnier, que se mantenía en Cosenza entre los calabreses insurreccionados. Este refuerzo hacía ascender á trece ó catorce mil hombres nuestro cuerpo principal: más de lo necesario, sin contar con la presencia de Massena, para repeler al mar á los ingleses. Tanto lo conocían éstos, que no bien supieron la aproximación del ilustre general, se embarcaron el día 5 de septiembre. No le quedaban á Massena más enemigos que combatir que los insurgentes, más numerosos en verdad y más arrojados de lo que había creído en un principio; por lo cual se vió en la precisión de incendiarles muchas aldeas y de aniquilar con el hierro las gavillas de bandoleros que asesinaban á los franceses. Desplegó en esta ocasión su inflexibilidad acostumbrada, y consiguió en pocas semanas amortiguar de una manera ostensible el fuego de la insurrección. De esta manera, al mismo tiempo que comenzaban en Prusia los graves acontecimientos que vamos á referir, renacía la tranquilidad en la Italia meridional, y el rey José podía considerarse como arraigado en su nuevo reino, al menos por entonces.

Por el mismo tiempo ocurrían en la Dalmacia sucesos graves. Los rusos continuaban enseñoreados de las embocaduras del Cáatar, y Napoleón imitando en este punto su conducta, especialmente su modo de ocupar á Corfú, cuya soberanía habían usurpado, había resuelto apoderarse de la pequeña república de Ragusa, que separaba al Cáatar del resto de la Dalmacia, y envió á ella á su edecán Lauristón con una brigada de infantería. Vióse éste cercado en breve por los insurgentes montenegrinos y por un destacamento ruso de unos cuantos miles de hombres. Bloqueado por los ingleses por el lado del mar, sitiado por el lado de la tierra por los feroces montañeses y por una fuerza rusa disciplinada, hallábase en el más inminente peligro, arrostrándolo con gran denuedo, cuando por fortuna acudió en su ayuda el general Molitor, que era tan fiel compañero de armas como oficial entendido y valiente al frente del enemigo. Este general, despreciando el ejemplo, muy frecuente en el ejército del Rhin, de abandonar en el peligro al que no era amigo aunque estuviese cercano, se encaminó

espontáneamente á Ragusa á marchas forzadas con un cuerpo de cuatro mil hombres, acometió resueltamente á los rusos y montenegrinos en su campamento, lo asaltó á pesar de estar fuertemente atrincherado, y libertó á los franceses que estaban dentro de la plaza. Pasó á cuchillo á muchos montenegrinos, y los escarmentó de manera que en mucho tiempo no volvieron á hacer incursiones en la Dalmacia.

Es evidente que la dominación francesa sólo se arraigaba con trabajo en aquellas apartadas comarcas, y que si había sido menester obtenerlas de la Europa á fuerza de batallas campales, para obtenerlas de sus habitantes había que sostener diarios combates.

A la otra extremidad del imperio, también ofrecía serios obstáculos, aunque de distinta naturaleza, la fundación en Holanda de otro nuevo reino de familia. Los holandeses no eran propensos por su índole grave y pacífica á insurreccionarse como los montañeses de las Calabrias ó de la Italia; pero hacían al rey Luis una oposición de inercia que no le suscitaba menos embarazos y entorpecimientos que el espíritu sedicioso de los calabreses á José. El gobierno estatuderiano había dejado á la Holanda muchas deudas, y los gobiernos que le habían sucedido habían contraído á su vez otras muy considerables para ocurrir á los gastos de la guerra; de manera que el rey Luis á su llegada al país se encontró con un presupuesto en que figuraban un gasto de setenta y ocho millones de florines y una renta de treinta y cinco millones de florines; el resto se había invertido en el servicio del ejército, de la marina y de los diques. A pesar de esta desventajosa situación, los holandeses no querían oír hablar ni de nuevas contribuciones, ni de reducción de intereses de la deuda, porque, prestamistas de profesión y acostumbrados á alquilar por decirlo así sus capitales á todos los gobiernos, sean nacionales ó extranjeros, miraban la deuda como la más sagrada de las propiedades. La idea de una contribución sobre las rentas, que naturalmente había ocurrido, por cuanto las rentas constituían en Holanda el más general y el más importante de todos los valores, y por lo tanto la base más amplia de contribución, les era repugnante, y fué preciso renunciar á ella, por lo cual el gobierno se veía amenazado, no ya de una insurrección como la de Nápoles, sino de una interrupción completa de todas sus funciones. Por lo demás, los holandeses no se mostraban hostiles á la nueva rama reinante ni por odio á la monarquía ni por su adhesión á la familia de Orange; pero anhelaban vivamente la paz marítima, y echaban de menos más bien esta fuente de riquezas que la república ó el estatuderato. Por sus grandes relaciones de interés y por la no menor conformidad de costumbres con los ingleses, hubieran de grado propendido hacia éstos, á no haber la Inglaterra codiciado demasiado notoriamente sus colonias. En vano se les decía que, á no ser por el obstáculo dimanado de estas mismas colonias, la paz sería mucho más hacedera; que su participación en los gastos de la guerra era el justo premio de los esfuerzos que hacía la Francia en todas las negociaciones para recobrar sus posesiones marítimas, y que no queriendo ellos contribuir á sostener la lucha sería forzoso abandonarlas; todo era inútil, á todo respondían que estaban prontos